

El resultado de este apostolado ha sido fuertemente marcado por el cuarto Evangelio. La opinión desquiciada, se divide; algunos no ven en la palabra del Profeta sino un delirio, una locura, una inspiración de Satanás, y tratan de persuadir al pueblo.—¿Por qué le escucháis? dicen, él está poseído del demonio y desvaría.

Otros le defienden; la sabiduría de sus discursos les conmueve, y sus milagros les parecen la prueba de su misión.—No, responden ellos; estas no son las palabras de un poseído. ¿El demonio puede abrir los ojos á los ciegos?<sup>1</sup>

En el pasado como en el presente, ayer como hoy, es preciso que Jesús sea contradecido; y, avanzando en su obra, él aparece siempre el gran signo de división.

<sup>1</sup> Juan, X, 19, 21.



## CAPITULO V.

### PRIMER RETIRO DE JESÚS Á PEREA.

Jesús, al declararse el Hijo de Dios vivo, á la faz del poder y de la nación entera, en pleno Templo, con claridad y con fuerza, sin equívoco y sin figura, acababa de cumplir uno de los actos más necesarios y peligrosos de su misión. Para que se creyera en él y en su mesianismo, él debía afirmarse; mas al afirmarse á sí mismo, iba al encuentro de la muerte.

Repulsado y despreciado por la jerarquía, él no era para ella sino un falso profeta y un blasfemador; ahora, la ley castigaba de muerte á los falsos profetas.<sup>1</sup>

El no quiso precipitar el desenlace. Se alejó de Jerusalem, dejando á la ciudad llena toda de su nombre, y á la opinión en batalla con sus enseñanzas que la trastornaban, iluminando á unos, cegando á otros y escandalizándoles.

Recuérdese que viniendo á la fiesta de las Cabañuelas,<sup>2</sup> él había, en el camino, enviado á setenta y dos discípulos en misión á las ciudades y á las aldeas que él mismo se proponía visi-

<sup>1</sup> Deut., XIII, 5.

<sup>2</sup> Véase el libro II, cap. 11.

tar.<sup>1</sup> Esta comarca debe ser la Perea meridional; ella era la única de toda la tierra de Judea, que aun no había escuchado la buena nueva.

La Perea ocupó la ribera oriental del Jordán. Ella tenía por límites el río al Occidente, la ciudad de Pella, al Norte, la fortaleza de Macherous al Mediodía, y la Arabia al Oriente.<sup>2</sup> Las tribus de Ruben y de Gad, y una parte de la de Manassé, ahí se habían fijado en otro tiempo, atraídas por la fertilidad de sus pasturajes. En tiempo de Herodes, ella no estaba poblada; las aldeas y las ciudades no se veían sino sobre las mesetas ó cerca de las riberas del Jordán; las gargantas salvajes y los flancos de la montaña estaban desiertos. Después de la muerte de Herodes, ella formó con la Galilea, la tetarquía de Antipas. Ella llegó á ser, bajo el dominio romano, muy próspera. Contó varias ciudades importantes; Pella, Gadara, Ammon-Galaad, Philadelphia, Gerara, Herbon. Todas tenían sus teatros, sus termas, sus circos y sus naumaquias,<sup>3</sup> sus peribolos<sup>4</sup> y sus fortalezas; vías estratégicas las unían entre sí; pero después de los siglos, todo está arruinado y despoblado. Algunas tribus de Beduinos, los Beni-Adouan, los Amaides y los Aziza, ocupan solos esta soledad en donde mueren las viejas encinas, dejando á la tierra desnuda y triste. En la primavera solamente ella se cubre aquí y allá de hermosas cosechas, que forman la riqueza de sus habitantes.—raza soberbia é independiente, medio agrícola, medio pastoril, llevando sus tiendas y sus rebaños en ese dominio tranquilo.

En Perea es adonde Jesús se retiró y adonde los setenta y dos discípulos vinieron á reunirse; el encuentro fué una alegría para el Maestro y los obreros.<sup>5</sup> El éxito de los enviados había sido completo, resplandeciente; ellos parecían sorprendidos y orgullosos de su misión.

<sup>1</sup> Luc., X, 1 y sig.

<sup>2</sup> Bell., Jud., III, 2.

<sup>3</sup> El lugar destinado para los simulacros de un combate naval entre los antiguos Romanos.

<sup>4</sup> Patio plantado de árboles que rodeaba los templos de los antiguos gentiles.

<sup>5</sup> Luc., X, 17 y sig.

—Señor, dijeron á Jesús, hasta los demonios nos están sometidos, á vuestro nombre.

Respecto de él, sabiéndose el señor soberano de todos los espíritus malos, y el libertador del mal, les respondió: "Yo ví á Satanás caer del cielo como el rayo." El triunfo de sus discípulos no es sino el preludio de su gran victoria futura. El reino satánico será destruído; y desde ahora, en Jesús, el Reino de Dios comienza sobre las ruinas del reino de Satanás.

—"No temáis," agregó, "con un lenguaje simbólico, yo os he dado potestad de marchar sobre las serpientes y los escorpiones, y sobre toda virtud del enemigo." Ni la fuerza ni la astucia harán presa contra vosotros, "nada os dañara. Sin embargo, no os regocijéis de que los espíritus os estén sometidos, regocijáos más bien de que vuestros nombres estén escritos en los cielos."

Por gloriosa que sea la función de aquellos que trabajan en la obra del Reino, ¿de qué sirve al obrero, si él mismo no está incorporado al Reino, y si su nombre debe ser borrado del Libro de Dios?

El pensamiento de sus triunfos venideros, la vista de sus discípulos fieles, el día siguiente de los que acaba de pasar, en Jerusalem, expuesto á la hostilidad, al desprecio, á la ironía, á la ceguera, al odio, hicieron estremecer á Jesús; él experimentó, dice el Evangelio, un transporte de espíritu.

—"Os doy gracias, oh Padre," exclamó, "Señor del cielo y de la tierra, vos habéis ocultado esas cosas á los sabios y á los inteligentes y las habéis revelado á los pequeños. Sí, oh Padre, así os plugo."

La voluntad de su Padre es todo para él. En ella es como él sufre y se resigna, descansa y se apoya, se regocija y extremece, vive y muere. Ella domina toda la obra de salvación, y él es el ejecutor fiel; ahora, la voluntad del Padre es que los misterios del Reino se oculten á los sabios, á los maestros de este mundo, y aparezcan á los pequeños. Desde la primera

hora en la que Jesús se manifestó, esta voluntad se acusa siempre más neta. En Galilea él la ha probado ya; en Judea, en Jerusalem, viene á probarla de nuevo. Esta doble experiencia siempre le ha arrancado la misma exclamación.<sup>1</sup> Lo mismo será en el transcurso de los tiempos; toda grandeza humana que se prevalega contra Dios y contra Cristo será rechazada, toda humildad que se anonade ante ellos será acogida. Genio, potestad, cultura, gloria mundana, no serán nada; el Padre no conoce sino á los humildes, á los miserables de espíritu, y, en su pequeñez, todos los elegidos son iguales; pero que los elegidos se aseguren, ellos serán exaltados de la miseria en que gimen, el Espíritu de Jesús les invadirá, y ellos hallarán en él la verdad sin sombra, la virtud sin desfallecimiento, el amor sin mezcla, la vida sin declinación.

La obra del Reino es la obra de los pequeños, ella no crece sino por ellos, y en su origen como en su evolución, ella lleva ese contraste resplandeciente: la pequeñez del hombre y la fuerza de Dios. No es el genio humano quien la hace avanzar,—él la entorpece mas bien y la combate,—es la santidad y la virtud; ahora, la virtud implica siempre el renunciamiento de sí mismo y el abandono á la voluntad de Dios, fuerza soberana del Reino.

Jesús se sabía el depositario de esta potencia, y él le decía á los suyos:

—“Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo si no es el Padre, y al Padre, si no es el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quiere revelar.”

Viendo á sus discípulos agrupados en su derredor, iniciados en su palabra y en su obra, él gustaba en la intimidad, volverles á decir la gloria y la alegría de su predestinación.

—“¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros véis! Yo os lo afirmo, muchos profetas y reyes han querido ver lo que vosotros contempláis, y no lo han visto; escuchar lo que vosotros

<sup>1</sup> Cf., Mat., XI, 25 y sig.

<sup>2</sup> Luc., X, 22; Mat., XI, 15.

escucháis, y no lo han escuchado.”<sup>1</sup> Estas cuantas palabras hicieron revivir las horas dulces en las que Jesús envolvía á sus fieles con el esplendor de su alma, les llenaba con su propia alegría y les enseñaba á estimar su vocación. Entonces aun cuando los Fariseos les desdeñasen y les despreciasen, ellos podían regocijarse, porque ellos son los privilegiados de Dios, y mejor tratados que los profetas y los reyes.

Los documentos son mudos respecto á las localidades que Jesús recorrió con sus discípulos, en Perea. Este período nuevo de viajes no nos es referido sino por el tercer Evangelio, quien se ha contentado con la sencilla narración de los hechos. Pero, con este detalle, todo se dibuja con exactitud y precisión; la multitud aparecía solícita y entusiasta, los Fariseos hostiles ó desconfiados, insidiosos, arrogantes, obstinados; la oposición y las violencias de que Jesús era el objeto, en Jerusalem, han aumentado su malevolencia. Su palabra llega á ser más severa para con ellos; no teniendo más que excusarles, él les flagela sin piedad. Ellos son el gran obstáculo para su obra, el escándalo de los pequeños; su amor le inspira anatemas abrumadores. Vedle en plena fama; ya no es el profeta desconocido, es el Mesías quien habla.

La lucha no tarda en estallar.

Con motivo de un exorcismo que había puesto al pueblo en la admiración, los Fariseos acudieron y renovaron sus ataques como en Judea, como en Galilea. Unos decían:—Es en nombre de Belzebú que él lanza á los demonios; otros:—Que entonces que él nos muestre una señal en el cielo.\*

Parece que hubo una orden en el partido fariseo de tratar á Jesús como poseído; se le arroja á la cara, en todos los caminos, en Galilea, en Judea, en pleno Templo, en Perea, esta injuria y esta blasfemia. Los sectarios son siempre y en todas partes los mismos; ellos se miran como los representantes únicos, exclusivos, de la verdad y del bien; el que les combate es

<sup>1</sup> Luc., X, 23, 24; Mat., XIII, 16, 17.

<sup>2</sup> Luc., XI, 14 y sig.

necesariamente para ellos un instrumento de Satanás, del error y del mal. Todo lo que Jesús dirá será tenido como mentira, todo lo que él hará será malo. Nadie ha sido perseguido por ellos con un odio más implacable. Con una palabra él lanzaba á los demonios, libertaba de su tiranía á las almas oprimidas: no se veía en esta obra santa sino á una acción satánica. El no cesó de exaltar con indignación este ultraje que él llamó la blasfemia contra el Espíritu Santo y el crimen irremisible, eterno; él le rechaza, hoy todavía, con la misma lógica vehemente, y confunde á sus enemigos por su propia doctrina.

—“Si es por Belzebú que yo lanzo al demonio, ¿Satanás está entonces dividido contra sí mismo? Todo reino dividido es devastado, las casas se desplomarán unas sobre otras. El reino de Satanás está destruído.” Ahora, esto mismo es lo que yo vengo á cumplir.

Y, haciendo alusión á los exorcistas judíos cuyo oficio era lanzar á los demonios por dinero y que hallaban, sin embargo, una acogida llena de horror, él agregó irónicamente:

—“Si yo lanzo á los demonios por obra de Belzebú, ¿vuestros hijos por quién los lanzan? Por esta razón ellos mismos serán vuestros jueces.”

Después de haber así refutado con un argumento “ad hominem” la hipótesis sacrilega de sus adversarios, Jesús les demostró con una parábola sorprendente, la naturaleza de las curaciones que verifica y la vanidad de sus propios exorcismos.

—“Es por el dedo de Dios como yo lanzo á los demonios, entonces el Reino de Dios está en medio de vosotros.” Satanás es vencido; Dios reina en su lugar.

“Cuando el fuerte armado guarda la entrada de su casa, lo que él posee está en seguridad; pero si uno más fuerte llega y le subyuga, él llevará todas las armas en las que él se confiaba, y distribuirá sus despojos.”

Jesús se afirma como el único victorioso sobre aquel que él

1 Cf. Antiq., VIII, 2.

llama misteriosamente el fuerte armado, el tirano de la humanidad.

—“El que no está conmigo, en esta lucha, está contra mí; y el que no recoge conmigo” las víctimas arrancadas á la esclavitud, “deserta.”

“Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, vaga en lugares áridos, buscando el reposo. No hallándole, él se dice: Yo volveré á la casa de la que he salido. El vuelve, la haya limpia de sus inmundicias y adornada. Entonces, se marcha, toma otros siete espíritus peores que él; ellos entran en esta casa, allí permanecen; y el último estado de este hombre es peor que el primero.”

Jesús deja entrever el drama oculto que se desarrolla entre el alma humana y las fuerzas satánicas; él muestra la esterilidad y la impotencia de todo lo que, fuera de él, pretende libertarnos. Ni los esfuerzos de la voluntad personal, dejada á ella misma, ni las prácticas más ó menos supersticiosas de la filosofía, de las vanas religiones y de la piedad farisáica, pueden lograrlo. No basta que el demonio se retire, es preciso que su potestad sea atada por el único espíritu que lo manda, el Espíritu de Dios, y que el Espíritu de Dios ocupe el lugar de donde el Malo ha sido lanzado; si no las potestades del mal quedarán dueñas; adormecidas por un momento, ellas se despertarán más activas; divididas por un instante, ellas reaparecerán más imperiosas; la esclavitud no hará mas que agravarse y la corrupción crecerá con la esclavitud. Ahora, un solo ser se ha revelado en el mundo con la plenitud del Espíritu de Dios, este es Jesús; y él es el único quien, por el verdadero exorcismo, realiza el Reino de Dios en la conciencia y en la humanidad.

Quando él hablaba, un grito se levantó en la multitud. Una mujer del pueblo, una de aquellas quizá á quien el profeta ha-

1 Luc., XI, 18, 26.

bía curado, dijo en alta voz. Bienaventurado el seno que os ha llevado y los pechos que os alimentaron.<sup>1</sup>

¡Cuántas veces Jesús fué aclamado de esta manera!

Ese sufragio de una mujer, de una desconocida, le era más dulce que la blasfemia de los Fariseos le era odiosa; él levantó la voz, exaltando á aquella que le había proclamado.

—“¡Más dichosos todavía aquellos que escuchan la palabra de Dios y la guardan!

Ser la madre de Jesús no implica directamente sino una relación con su humanidad; pero escuchar y guardar la palabra de Dios implica la comunión con su espíritu divino. Una sola criatura ha sido llamada á la gloria de la maternidad; mas toda alma está llamada á recibir el Espíritu, y hay más felicidad en recibir al Dios vivo que en dar á luz á Cristo.

La multitud había acudido en torno del Profeta; y después de haber confundido á los Fariseos que le trataban de aliado de Satanás, él se puso á desenmascarar públicamente la perfidia de aquellos que se obstinaban en pedirle una señal en el cielo, como prueba de su misión.

Todas las señales mesiánicas anunciadas por los profetas, Jesús las había multiplicado; ellas resplandecían á porfía, bajo sus pasos, á toda hora resplandeciendo á todas las miradas, tales como Isafas les había descrito hacía seis siglos. Pero la sofística de los Fariseos, ciega y despreciadora, les desdénaba ó les falseaba, atribuyéndolas á la potestad de Satanás. Convencidos de que el cielo era de Dios, y persuadiéndose de que Jesús era un blasfemador, ellos le perseguían con este reto: Danos, pues, una señal del cielo, en donde sólo Dios es Señor, y que probará que Dios está bien contigo!”

Esta exigencia, inspirada por la sed de lo maravilloso, por la preocupación, la incredulidad y el despecho, indignó á Jesús; él la rechazó con una firmeza inflexible:

—“Esta raza es perversa,” decía á la multitud, “ella pide

<sup>1</sup> Luc., XI, 27-28.

<sup>2</sup> Luc., VI, 29-33.

una señal; y bien, no le será dada otra sino aquella de Jonás. Si, como Jonás fué una señal para los Ninivitas, el Hijo del hombre será una para esta generación.”<sup>1</sup>

Evidentemente, se trata de la muerte y de la resurrección del Mesías. He aquí el milagro terrestre y celestial á la vez del que Jonás sepultado en el vientre de la ballena y arrojado, después de tres días, á la playa,—ha sido la figura. Ninguno puede serle comparado. Pero él no se producirá sino en el tiempo marcado por Dios; él tendrá por principio el inefable amor de Jesús por la humanidad, porque este amor le hará morir, y el inefable amor del Padre para su Hijo, porque este amor le resucitará. El reto de los Fariseos será relevado entonces, Jesús lo anuncia con la confianza de aquel para quien el porvenir no tiene secreto, porque él es el señor del porvenir. El va más lejos, deja entender que esa señal obstinadamente reclamada, no tendrá razón de la ceguedad y del odio.

“La Reina del mediodía se levantará en el juicio contra los hombres de esta nación y los condenará, porque vino de los extremos de la tierra á oír la sabiduría de Salomón; y mirad que aquí hay uno que es más que Salomón. Y los Ninivitas se levantarán en el juicio contra esta raza, y la condenarán, porque hicieron penitencia á la predicación de Jonás; y mirad que aquí hay uno que es más que Jonás.”<sup>2</sup>

Jesús, además, ¿no era, por sí mismo, por su palabra, su sabiduría, su virtud, por la radiación de todo su ser, el más resplandeciente de los prodigios? Ni Jonás con su celo, ni Salomón con su prudencia, le igualaban. ¿Por qué, entonces esos Fariseos no le reconocían? No es porque la luz falte á sus ojos, sino porque sus ojos no pueden recibir los rayos.

—“Nadie, después de haber encendido una lámpara,” dijo, la coloca en un lugar oculto ó debajo del celemin. Se la pone mejor sobre el candelabro, á fin de que los que entran vean la luz.”

<sup>1</sup> Luc., XI, 29-33.

<sup>2</sup> Luc., XI, 29-33.

La lámpara es él; el Padre la ha encendido para que la humanidad entera vea la claridad.

Pero es preciso que los ojos se abran y vean sus rayos.

—“La lámpara de vuestro cuerpo,” agregó, “es vuestro ojo. Si vuestro ojo es sencillo, todo vuestro cuerpo estará en la luz, y si él es malo, todo vuestro cuerpo estará en las tinieblas.

“Tened cuidado que la luz que está en vosotros no sea tinieblas. Pero si vuestro cuerpo es luminoso todo, sin mezcla de tinieblas, todo será luminoso y la lámpara os alumbrará con su esplendor.”<sup>1</sup>

Jesús amó esta imagen y más de una vez la ha recordado; ella revelaba, bajo una forma neta y dulce, uno de los deberes más necesarios: la rectitud de corazón, la sencillez de la intención, la pureza de la conciencia.

Todos los testimonios que revelan á Dios y que resplandecen en derredor de Jesús serán vanos para el hombre cuyo corazón es falso, la intención hipócrita, la conciencia culpable. Las señales permanecerán tenebrosas y los más sorprendentes milagros no probarán nada. El genio más perspicaz será herido de ceguera, porque la luz de Dios no penetra en el hombre sino por el corazón y la conciencia; el corazón y la conciencia son los que hacen callar las preocupaciones, rechazan los malos sistemas y todo ese egoísmo del genio tan hábil y tan obstinado en rechazar los hechos por los que Dios atestigua.

En realidad, y cualquier cosa que se pueda pensar de la influencia de los errores reinantes, de los caprichos religiosos entre los Judíos, el gran obstáculo que halló Jesús, no fué tanto sus preocupaciones como sus vicios, la vanidad, la importancia que ellos se daban, su avaricia, su hipocresía, su indiferencia y su desprecio de los demás.

El, cuya misericordia era sin límites para los pequeños, los humildes y los pecadores, tenía contra esos hipócritas y esos

<sup>1</sup> Luc., XI, 33-36.

culpables, tan astutos en solapar sus vicios con inexorables severidades. La dulzura no tenía poder sobre esos endurecidos; pero las santas cóleras de Jesús, al azotarles, vengaban, á lo menos, á la verdad que ellos ultrajaban y á la justicia á la que ellos no podían escapar.

Un Fariseo le suplicó comiera con él en su casa.<sup>2</sup> La invitación ocultaba,—la continuación de la narración lo indica,—un sentimiento de malevolencia. Jesús entró sin hacer ablución y tomó asiento en el lecho destinado á los convidados.

El Fariseo, escandalizado, se preguntaba por qué él no se había purificado antes de la comida. El Señor, adivinando el pensamiento de su huésped y de los convidados, se puso á decirles con un tono severo, con la autoridad del juez que lee en la conciencia:

—“Vosotros los Fariseos, limpiáis el exterior de la copa y del plato; pero vuestro interior está todo lleno de rapiña y de maldad: Cuan insensatos sois! el que ha hecho el exterior no ha hecho también el interior?”

Lo exterior, es la materia; lo interior, es el alma. Dios ha criado á una y á otra: la purificación del cuerpo no puede reemplazar á la purificación del alma; el alma más bien es la que santifica al cuerpo y á la que es preciso purificar; ahora el alma no es pura sino por la caridad y el amor.

—“Dad limosna,” agregó, “con lo que está dentro de las copas y los platos, y todo será puro para vosotros.”

Después de haber descubierto y estigmatizado el gran artificio de los Fariseos, él les llenó de anatemas.

—“Desdichados de vosotros, Fariseos, que pagáis el diezmo de la menta y de la ruda y de todas las yerbas, y que despreciáis la justicia y la caridad de Dios! Esas cosas era preciso hacerlas y no omitir las otras.

—“Desdichados de vosotros, Fariseos, porque amáis los

<sup>2</sup> Luc., XI, 37 y sig.

primeros asientos en las sinagogas, y que se os salute en la plaza pública!

—“Desdichados de vosotros porque os parecéis á las tumbas que no se ven y, sobre quienes se camina sin saberlo! La vehemencia de esos reproches era tal, que un doctor de la ley, un Escriba, uno de esos sabios de profesión que tenían la guarda de las Escrituras y de las tradiciones farisáicas, le interrumpió indignado:—Maestro, exclamó, hablando de esta manera nos ultrajáis también.

Jesús por toda respuesta, multiplicó y agravó sus anatemas.

—“Sí, desdichados también vosotros doctores de la ley! Porque, vosotros cargáis á los hombres de fardos que no pueden llevar y que vosotros no tocáis ni con el dedo. Desdichados de vosotros, que edificáis sepulcros á los Profetas. . . . y vuestros padres les han matado!” Y con una ironía sangrienta, desenmascarando la vanidad de esos honores que ellos creían tributar á esas víctimas santas, y agregó: “Bien mostráis vosotros que consentís en las obras de vuestros padres, porque ellos les han matado y vosotros les respetáis en los sepulcros.”

La muerte de los profetas recuerda á Jesús la suya y las persecuciones de sus discípulos; él será también, víctima del mismo fanatismo homicida, y él la profetiza á sus oyentes, trastornados, irritados.

—“La sabiduría de Dios, exclamó, ha dicho: Yo les enviaré profetas y apóstoles: matarán á unos y perseguirán á otros. Pero la justicia de Dios vela. La sangre de todos los profetas derramada desde el principio del mundo, hasta hoy, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, degollado entre el templo y el altar, sí, yo os lo digo, esa sangre será reclamada á esta generación.”

El mayor crimen de los doctores, aquel que arrancó á Jesús el último de sus anatemas, fué su prevaricación como poder doctrinante; porque ellos entorpecían por esto la obra mesiánica y apartaban al pueblo.

<sup>1</sup> Luc., XI, 49-51; cf. Gen., IV, 8; Paral., XXIV, 22.

—“Ay de vosotros, Escribas, porque vosotros habéis tomado la llave de la ciencia y no habéis entrado en ella, y habéis rechazado á los que entran!”

Las Escrituras debieron haberles instruido de la ciencia del Reino, y, puesto que ellos se habían reservado el monopolio, puesto que ellos tenían la llave, ellos debían entrar los primeros é introducir á los que ellos dirigían. Ellos han faltado á su misión; si el Salvador ha sido despreciado, rechazado, si la nación ha mentido á su destino, la falta es de ellos; ellos hubieran perdido no solamente á su pueblo, sino á la humanidad entera, si la ceguedad y la obstinación del hombre pudieran jamás impedir á Dios y engañar sus designios.

Ni una conciencia recta que no se estremezca con esta voz condenando, sin apelación y para siempre, á la virtud hipócrita, á la tiranía y el escándalo de esos seres falsos y maléficos para quienes la religión es una máscara, y el más santo de los poderes,—el poder religioso,—un medio de engañar, de esclavizar y cegar á los hombres.

Los Fariseos se relevaron bajo el azote de la justicia que los fustigaba; ellos se pusieron á estrechar á Jesús, á abrumarle con todo género de cuestiones, tendiéndole lazos, tratando de sorprenderle y de arrancarle alguna palabra para acusarle.

La escena se hacia violenta. La multitud había acudido. Motinábanse en torno suyo. Jesús debió salir con sus discípulos. Al verles, les calmó y les enseñó á tener calma en la tempestad. <sup>1</sup> Les recomendó la prudencia.

—“Desconfiad de esa mala levadura de los Fariseos;” dijo: “Es la hipocresía.” Después, dulcificando su voz, les llamó sus amigos.

—“No temáis, vosotros, á los que matan al cuerpo, no temáis sino al que mata el alma, y que, después de haber matado al cuerpo, puede arrojarlos al infierno. Sí, no temáis sino á aquel.” El les recordó que el Padre velaba sobre ellos; y el

<sup>1</sup> Luc., XII, 1 y sig.  
TOMO II.

Padre no olvida á ninguna criatura, ni á los gorriones que se venden en dos denarios. El les decía todavía que sus cabellos estaban contados; que, si ellos confesaban al Hijo del hombre ante los hombres, él, el Hijo del hombre, les reconocería ante los ángeles de Dios. ¿Su Espíritu, no estaba con ellos? Se les conducirá á la sinagoga, ante los magistrados y las gentes del poder; que ellos no se inquieten para nada, ni de lo que deben decir ó responder: El Espíritu Santo se los sugerirá, en el momento dado.

Se siente que su situación se agrava y se atiranta. A medida que se acerca el desenlace, Jesús atrae más cerca de él á sus discípulos, y trata de penetrarlos con su fuerza y su ternura.

La multitud no le abandona; á pesar del odio con el que sus maestros persiguen al Profeta, ella sufre su palabra y su atractivo. El la instruye, caminando, la arranca de su miseria, le muestra la vía y las aproximaciones del Reino nuevo. Nada le distrae de su gran obra y de su misión. El tiempo urge, es preciso darse prisa.

Habiéndosele acercado un hombre del pueblo para decirle ordenase á su hermano dividiera con él la herencia paterna, <sup>1</sup> le respondió:

—“Oh hombre, ¿quién pues me ha constituido juez ó árbitro entre vosotros?”

—¿Acaso el Enviado de Dios ha venido á este mundo para ocuparse de los intereses terrenales? Su destino es divino; no es la vida de un día y sus bienes miserables lo que él trae, es la vida eterna y el Reino del Padre. Mas él sabe que el hombre es codicioso de gozar, y, en vez de arreglar las diferencias que esta codicia provoca, él enseña el desprendimiento de todo y el secreto de la eternidad.

—“Velad, tened cuidado con la avaricia. No es en la abun-

<sup>1</sup> Luc., XII, 13 16.

dancia de las cosas de la tierra en donde está la vida,” porque todo lo de la tierra se nos escapa en el mismo momento en el que se cree tener.

A este propósito dijo una parábola: <sup>1</sup>

“Había un hombre rico, cuyas tierras dieron mucho fruto; y discurría dentro de sí mismo de esta manera: ¿Qué haré yo? porque no tengo donde recoger mis frutos. Y dijo: Haré esto. Derribaré mis trojes y las haré mayores, y allí recojeré todo lo que me ha nacido, y todos mis bienes; y diré á mi alma: Alma mía, tú tienes muchos bienes de repuesto para muchos años; derrama, come, bebe y regálate.

“Pero Dios le dijo: Mentecato, en esta noche te vendrán á pedir tu alma, ¿y para quién serán las cosas que has juntado?”

“Así sucede al que atesora para sí, y no es rico para Dios.

En la intimidad, él habla á sus discípulos como á hijos muy queridos del Padre celestial, inspirándoles una filial y absoluta confianza en su bondad, en su Providencia, siempre en vela, en su munificencia infinita; él no quiere que ellos se asemejen á los paganos, á las gentes de la tierra, inquietos, atareados, que no tienen Padre que vele por ellos. El no proscribía la actividad tranquila, pero prohíbe la turbación, la inquietud y la angustia, y les asegura, al pintarles la acción de Dios tan visible y tan paternal en la naturaleza.

—“Atended á los cuervos que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa, ni tienen grano, y Dios los sustenta. ¿Cuánto más valéis vosotros que ellos?”

“Mirad cómo crecen los lirios; no trabajan ni hilan; y no obstante os aseguro, que ni Salomón con toda su magnificencia se vestía como uno de éstos. Dios es quien teje su vestido. Y sin embargo, mañana serán arrojados al horno.

“No temáis, pues, hombres de poca fe. No, no os inquietéis ni de lo que habéis de comer ni de lo que habéis de beber; no os perdáis en una vana previsión. Vuestro Padre ve la, y él sabe de lo que tenéis necesidad.”

<sup>1</sup> Luc., XII, 16 y sig.



De esta manera él les mostró el fin eterno hacia el que deben tender las almas libres de la tiranía de las necesidades.

—“Buscad el Reino de Dios y su justicia; las demás cosas os serán dadas por añadidura.”<sup>1</sup>

¿Qué puede temer el que, á pesar de la desnudez terrestre, está llamado á reinar en Dios?—“No temáis, pequeño rebaño, puesto que plugo á Dios, daros un reino.” Más bien aumentad vuestra desnudez. “Vended todo lo que poseéis y dadlo de limosna. Haced por tener bolsas que no se envejecen, y un tesoro en el cielo que jamás se agota; donde no llega el ladrón ni la polilla roe.

“Porque en donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”<sup>2</sup>

El hombre no puede buscar su tesoro sino en lo creado ó en lo increado, en lo que pasa ó en lo que permanece, en la tierra en donde todo muere, ó en el cielo que Dios llena. Dejado á sí mismo, á su pesada miseria, él va con todo su peso hacia la materia, y allí no halla sino vanidad y muerte; sólo Jesús la ha relevado hacia Dios; desde que él apareció en la humanidad, se formó en ella una raza nueva que, al desdenar á esta vida de un día, la honra con su trabajo y la transfigura con sus virtudes,—raza heroica, cuyo corazón se alimenta de Dios, y hace de la tierra, el aprendizaje de la eternidad.

El pequeño rebaño creció después de la época en que Jesús la formó é inició á esta gloria divina, la lucha no le ha faltado ni le faltará ningún día; por esto decía á los suyos:

—“Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos, como aquellos que están esperando á su Señor cuando vuelva de las bodas, para abrirle luego que llegue y llame.

“Bienaventurados aquellos siervos que el Señor hallare en

<sup>1</sup> Luc., XII, 16-32

<sup>2</sup> Luc., XII, 34.

vela! En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa y pasará á servirles. Y si viene en la segunda vigilia, y si viene en la tercera vigilia y los halla así, bienaventurados son aquellos siervos!”

La venida del Señor es incierta; es preciso estar siempre dispuesto.

—“Y sabed que si el padre de familia supiera á qué hora había de venir el ladrón, ciertamente velaría y no permitiría que forzasen la casa. Y vosotros estad prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá á la hora que no penséis.”

La magnificencia de lo que Jesús prometió en ese simbolo del festín real en el que Dios mismo serviría á los convidados del Reino, había conmovido á Pedro:—Señor, dijo al Maestro, ¿á nosotros decís esta parábola ó á todos?

Jesús deja entender que la recompensa será dada á todos, según el grado de fidelidad; pero los Apóstoles tendrán una clase privilegiada.

—“¿Cuál es el dispensador fiel y prudente que el Señor ha establecido respecto á sus servidores para dar á cada uno, en el tiempo fijado, su medida de trigo?”

¿No soís vosotros, los discípulos? parece decir Jesús.

—“Dichoso aquel á quien el Señor, cuando venga, halle obrando de esta manera. En verdad, yo os digo, él lo hará administrador de todos sus bienes.

“Pero si este siervo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir; y empieza á tratar mal á los criados y criadas, y á comer y beber y emborracharse; vendrá el señor de este siervo en el día en que él no espera, y á la hora que no sabe, y lo echara de si, y lo destinará con los infieles. Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó ni ha obrado según su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que no la conoció, y ha hecho cosas dignas de castigo, será menos duramente tratado. Porque al que se le dió mucho se le pedirá

<sup>1</sup> Luc., XII, 35 y sig.

mucho; y á aquel á quien se le confió mucho, más cuenta se le pedirá.”<sup>1</sup>

Aquí sorprendemos nosotros, en las pláticas de Jesús con sus discípulos, la primera alusión de su regreso á esta tierra, que en breve va á dejar y en donde dejará á sus Apóstoles como á sus dispensadores fieles y prudentes. Ellos son los que deberán alimentar con el trigo de la verdad á los servidores y sirvientes de Dios: función sublime que será su gloria, si ellos la cumplen y su condenación, si ellos vienen á hacerla traición.

Es difícil reconstituir, sin documentos positivos, las escenas íntimas en las que, reunido con los suyos, el Maestro se entregaba á ellos en confidencias tanto más animadas cuanto la situación se hacía más dolorosa y más amenazadora. Se las adivinaba, sin embargo, en algunas palabras profundas que revelan con energía sus sentimientos, sus preocupaciones y sus tristezas.

La rudeza de la lucha de la que él era el objeto debía intimidar algunas veces al pequeño rebaño: entonces, lleno de resolución, Jesús se comparó á la tea encendida y decía:

—“Yo vine á echar fuego sobre la tierra; ¿y qué es lo que quiero, si no que se encienda?”

Su palabra vehemente contra los Fariseos y contra todos sus enemigos encarnizados atizaba la llama; y él estaba resuelto á atizarla todavía. Su espíritu era verdaderamente un fuego devorador, y qué había querido desde que se había declarado el Enviado del Padre, si no extenderlo?

El hablo así como figura de su muerte próxima; él la veía delante de él, sangrienta, y la llamó un bautismo.—“Yo debo ser bautizado con un bautismo,” dijo, y á pesar del espanto

<sup>1</sup> Luc., XII, 42, 48.

<sup>2</sup> Luc., XII, 49.

que le sobrecogía con semejante pensamiento, agregó: “¿y cuán grande es mi pena hasta que se cumpla!”<sup>1</sup>

Si él exaltó su valor y su esperanza, prometiéndoles las alegrías del festín de Dios en la eternidad, él disipó las ilusiones sobre su gran obra en este mundo, que él llamó una obra de destrozo y de separación. ¿Sus ojos no le veían ellos ya en la acogida hecha á su Maestro, en las polémicas suscitadas por su palabra, en el odio y el amor de que su persona era el objeto? Ese carácter iba á hacerse más duro, y él permanecería para siempre la marca de la obra.

Los hombres confiados ó pérfidos no dejan nunca de prometerse la paz triunfante y de mecer á sus prosélitos con esos vanos sueños bien pronto desmentidos, Jesús tiene la penetración y el valor, él quiere que se sepa lo que él viene á cumplir; á través de la cruel realidad es como se debe ir á él.

—“No penséis, dijo á sus discípulos, que yo he venido á traer la paz á la tierra. No, yo os lo digo, es la discordia; porque en lo de adelante, de cinco que están en una casa, tres estarán divididos contra dos, y dos contra tres. El padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.”<sup>2</sup>

De esta manera, aquel á quien el profeta llamó el Príncipe de la paz desencadena la guerra universal y sin tregua en este mundo que le odia. Sus elegidos serán como él, levantando en su derredor mil oposiciones, mil conflictos sangrientos. El Reino que él habrá fundado no se escapará á la ley: él deberá crecer bajo el golpe de las persecuciones de todos los reinos de la tierra. En esta lucha por la existencia que se impone á toda criatura, los discípulos de Jesús se reconocerán por una señal: á ejemplo de su Maestro, ellos se entregarán á sus verdugos; ellos se harán matar, pero no matarán; su masedumbre será su fuerza; á el odio opondrán el amor; á la ven-

<sup>1</sup> Luc., XII, 50.

<sup>2</sup> Luc., XII, 51, 53.

ganza, el perdón y la caridad; á la espada homicida, la cruz. El Maestro ha salvado al mundo, dando su vida; ellos continuarán salvándole, prodigando la suya; y, á fin de que ellos permanezcan fieles á ese papel de víctimas, Dios les rehusará casi siempre la potestad material, él les guardará débiles y desarmados, sin otra fuerza que su Espíritu, su palabra y su amor.

Al pueblo que aflua en derredor suyo, él renovó sus llamamientos con un acento más atractivo. Viéndole ávido de milagros, curioso de oírle, pero indeciso y tan lento en arrepentirse y creer, le amonestaba, le apremiaba.

—“Cuando véis levantarse una nube desde el Poniente, luego decís: Lluvia tenemos, y así sucede; y cuando véis que sopla el aire de Mediodía, decís: Tendremos calor y así sucede. ¡Hipócritas! sabéis distinguir el semblante del cielo y de la tierra; pues cómo no distinguís el tiempo de ahora?”<sup>1</sup>

El estado político de la nación, la venida del gran precursor Juan-Bautista, los milagros prodigiosos de Jesús, su santidad tan prodigiosa como sus milagros, su sabiduría y su enseñanza tan prodigiosas como su santidad: algunas señales populares para conmover la conciencia de todos y advertirla de la llegada del Reino de Dios! Nada alumbró á esos indiferentes y á esos ciegos.

La luz resplandeció: ellos no quieren ver. Ellos se dejan arrastrar por los sofismas religiosos de sus maestros.

—“¿Por qué, les dijo Jesús, no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?”<sup>2</sup>

El les amenazó con la justicia inexorable de Dios.—“Cuando váis ante el gobernador con vuestro adversario, tratáis de desprenderos de él, en el camino, por temor que él no os lleve ante el juez, que el juez no os entregue al ejecutor, y que el ejecutor no os ponga en la prisión. Yo os lo digo, no saldréis hasta que no hayáis pagado hasta el último óbolo.”

<sup>1</sup> Luc., XII, 54, 56.

<sup>2</sup> Luc., XII, 57 y sig.

En ese tiempo mismo, se le vino á anunciar que los Galileos, sin duda partidarios de Judas el Gaulonita, habían sido asesinados por orden de Pilatos, en el momento en que ellos ofrecían sus sacrificios. Este hecho no está mencionado en ninguna parte en los autores contemporáneos; el mismo Josefo no lo refiere; pero todo lo que se sabe de la política severa del gobernador, del carácter revoltoso y tan exaltado de los Galileos, le hace plausible. El pueblo debió experimentar, con la noticia de esa carnicería, un aumento de irritación y de odio contra la tiranía pagana. La piedad farisáica no dejó de ver en ello un golpe de la justicia de Dios sobre los culpables; Jesús no conoció ni la vana piedad, ni la cólera estéril, su pensamiento mira más lejos y su corazón es más elevado. Este degüello es para él el preludio de la catástrofe que ensangrentará á todo el pueblo.

—“No penséis, dijo, que esos Galileos fuesen más pecadores que los demás. No, pero sabed que, si no hacéis penitencia, vosotros pereceréis igualmente.

¿Cómo esos diez y ocho sobre quienes se desplomó la torre de Siloe y á quienes mató, eran los más culpables de todos los habitantes de Jerusalem? Os aseguro que no: pero si vosotros no hacéis penitencia, todos pereceréis del mismo modo.”<sup>1</sup>

Es probable que los sabios de entonces, los Saduceos, cortesanos del poder extranjero, los Fariseos, que creían en el triunfo de Israel, en el orgullo ciego de su piedad sin virtud, se reían de las amenazas del Profeta; el pueblo mismo, siempre más impresionado del presente que del porvenir lejano, no parece haber sido conmovido por ellos.

La profecía, sin embargo, no ha tardado en cumplirse: cuarenta años más tarde, los soldados de Tito degollaban en el Templo á los últimos partidarios exasperados de la independencia nacional; y las casas de Jerusalem, incendiadas, se des-

<sup>1</sup> Luc. XIII, 1-5.

plomaban, como la torre de Siloe, sobre los habitantes de la ciudad impenitente.

Este porvenir terrible ante el que la nación se precipita, no abandona para nada al pensamiento del Profeta; él le conmueve y le entristece más que su propia muerte; él quisiera prevenirle, conmoviendo á las conciencias y abriéndolas á la llamada de Dios. Si ellas comprendieran el deber del momento, renunciarían á las ilusiones terrestres que las alucinan, ellas acogerían la buena nueva del Reino, é Israel transformado; dejando á los Romanos proseguir su obra, llegaría á ser el verdadero pueblo espiritual de Dios. Jamás destino más sublime fué ofrecido á una nación; jamás ejemplo de ceguera más incurable se ha dado. Jesús trató en vano de desenjañarle.

—“Un hombre,” dijo en parábola, habiendo plantado una higuera en su viña, vino á ella á buscar frutos. El no encontró. Entonces, dijo al que cultivaba la viña: Hace tres años que vengo á buscar frutos en esta higuera, y no los hallo. Cortadla; ¿para qué ocupa la tierra?—Señor, respondió el viñador, dejadla todavía este año, yo cabaré en torno suyo, y pondré estiércol, y tal vez dará buen fruto; si no, la cortaréis.”<sup>1</sup>

Adivínase bajo esta alegoría clara, cómo Jesús consideraba la situación religiosa de su pueblo y los últimos días de su apostolado. El fruto que Dios esperaba y reclamaba de su nación escogida, era la penitencia y la fe, la penitencia que llora las infidelidades y las faltas, la fe que acepta la palabra de vida y da acceso al Reino mesiánico.

Desde la primera hora de su vida pública, Jesús no ha cesado de recordar sus grandes deberes. Pero, con excepción de algunos elegidos, nadie responde; en vez de tocarse el pe-

<sup>1</sup> Luc., XIII, 6-9.

cho, los jefes religiosos no hablan sino de su justicia; en vez de creer en el Evangelio, ellos le combaten, le persiguen, le denigran, le amenazan, y le anatematizan. La venganza de Dios se aproxima, presta á estallar, si el Enviado despreciado no suspende la explosión; esta raza ciega no duda, ella se mece con ilusiones fatales, que la palabra de Jesús no llega á disipar, ella se duerme con las promesas de Dios, sin pensar que su endurecimiento hiere á esas promesas de esterilidad y provoca la cólera celestial. Los milagros no tienen más influencia sobre ella que la palabra. Ellos arrancan á la multitud algunos gritos de admiración, pero escandalizan á la clase directora, que no cesa de oponer al Profeta las vanas observancias de su culto. Todo es para los jefes; es preciso sufrir su yugo arbitrario y sus caprichosos reglamentos, ó incurrir en los reproches amargos de su fanatismo; ellos elevan su casuística á la altura de la Ley de Dios. Librarse de su tiranía humana es impío.

Este espíritu sectario no se ha desarmado, un instante, ante Jesús.

El tercer Evangelio señala, á este propósito, una escena característica.

Durante los días en que recorrió la Perea, un sábado, enseñaba en una sinagoga. Ahora bien, vino á la asamblea una mujer, enferma hacía diez y ocho años. Ella estaba encorvada y no podía mirar para arriba.

Jesús, al verla, la llamó:—“Mujer, estás libre de tu enfermedad.” El le impuso las manos; y, al instante, ella se enderezó y dió gloria á Dios.

El jefe de la sinagoga indignado porque Jesús hubiera curado á esta enferma en el día sábado:—Hay seis días para el trabajo, dijo al pueblo, venid en esos días á hacerlos curar, y no en el día de sábado.

Los Fariseos debieron aprobar la sabiduría y la firmeza del

<sup>1</sup> Luc., XIII, 11-17.

jefe de la sinagoga, y ese celo supersticioso que colocaba el reposo sabático por encima de todo, hasta de la obra santa de la misericordia.

—“Hipócritas, respondió Jesús con indignación, ¿acaso no desatáis del pesebre á vuestro buey ó á vuestro asno, el día del sábado, para llevarlos á beber? ¿Y esta hija de Abraham á quien Satanás ha atado durante diez y ocho años, no tiene derecho de romper su atadura el día de sábado?”

No hay prescripción contra el bien y contra la virtud. Toda religión que, para honrar á Dios, osara decretarlo, sería impía. El fariseísmo abundaba de esas impiedades enmascaradas; al atacarla en nombre de la conciencia con dardos tan acertados, Jesús cumplió su gran papel de libertador.

Sus enemigos quedaron confundidos, pero ellos no se rinden; sólo el pueblo le aclama, maravillado, en su humana fe, por los milagros, y deslumbrado, con su sencilla razón, por la verdad.

A pesar de la tristeza en la que le sumergió el espectáculo doloroso de la impenitencia y de la incredulidad generales, Jesús prosiguió sin vacilación y sin desfallecimiento lo que él gustaba llamar la obra del Reino de Dios. El conoce los designios del Padre, él tiene la vista llena de las leyes que todo lo rigen.—“Ella es el grano de mostaza,” dijo, “que un hombre sembró en su jardín; él crecerá y llegará á ser un gran árbol, él abrigará entre sus ramas á las aves del cielo.” El sabe también que su fuerza es irresistible, y de ella decía á menudo: “Ella es como una levadura que una mujer mezcla en tres medidas de harina; toda la masa fermentará.”

Ningún ser humano ha sido en su vida más olvidado, más rechazado, mas no comprendido, más despreciado que Jesús; ninguno ha atestiguado una certidumbre más tranquila, una confianza más firme en el éxito final, más allá de la tumba. El tiempo le ha justificado en su confianza absoluta, el porvenir le ha grande y santamente vengado.



## CAPÍTULO VI.

### ÚLTIMA TENTATIVA SOBRE JERUSALEM.

Después que Jesús dejó á la Galilea, Jerusalem es su pensamiento fijo; y la Perea, á donde él se retira á intervalos, no es para él sino un lugar de refugio contra la violencia y el odio que él levanta en la metrópoli. Después de varias semanas, quiso volver á Jerusalem é intentar sobre ella un supremo esfuerzo. Se puso, pues, en camino, en pequeñas jornadas, deteniéndose en las ciudades y en las aldeas que se hallaban en su camino. Uno de los Evangelistas, San Lucas, hace alusión á este viaje del que no indica, por lo demás, ni las detenciones ni las particularidades. Dos episodios solamente han quedado en el recuerdo de los discípulos y han sido recogidos por el mismo escritor; reflejan uno y otro todo lo que el momento presente tiene para Jesús de grave y de triste. Se vé rechazado y olvidado; sus fieles no son sino un puñado; todo lo que es poder, ciencia y fortuna, se cierra á su acción. El favor que halla en el pueblo no llega hasta transformar á esta multitud en una legión de discípulos. Escuchábasele á

<sup>1</sup> Luc., XIII, 22 y sig.